

enteros en que se ignoró su existencia, no ocasionó más que un daño de tan relativa insignificancia...; convendrá crear una de dos cosas, igualmente tranquilizadoras: ó que los progresos, relativos también, pero innegables, de la higiene, son obstáculo al antes fulminante desarrollo de las epidemias, ó que esa especie de *vacuna atmosférica*, esa difusión que ha atenuado tantos virus, atenúa el de la India, y lo hace benigno y poco menos que *leve*.

\* \*

Si hay un consejo sanitario que dar, es este: *limpieza, limpieza, limpieza*. — No voy á incurrir en la vulgaridad de asegurar que la limpieza es cosa fácil ni barata. He oído á veces repetir: «Los pobres podrían ser limpios: agua para lavarse la tiene cualquiera.» A esos les llevaría yo á las fuentes de mi pueblo, que es importante capital de provincia, de unas 50.000 almas — la Coruña. — Y verían como, por una *sella* de agua, corre á veces la sangre. ¡El agua escasea en tantos sitios! Y hasta donde no escasea, ¡qué esfuerzo para el pobre ir á buscarla, tener vasija donde recogerla, traerla á casa con mil fatigas, bajo la lluvia, bajo el sol, perdiendo el tiempo que otros trabajos le reclaman! — El agua, además, supone *jabón*. El jabón cuesta caro. Y os hablo de lo más elemental de la limpieza, el a, b, c: *agua, jabón*. Pensad en las esponjas, en los múltiples cepillos, en los alcohóles, elixires, desinfectantes, en las montañas de ácido bórico, en las toallas y bañadores, en los muebles y artefactos que reclaman el aseo de una persona medianamente pulcra. Calculad si es dado al pobre mudarse con frecuencia, bañarse nunca enteramente, friccionarse, cumplir los ritos de esta religión del aseo que tiene sus iniciados, sus fanáticos, y también ¡ay! sus numerosos disidentes y heresiarcas. — Si el pobre carece de pan, no soñar en que compre jabón de Mora; si guisa las patatas *viudas* en desportillado puchero, no lo pidáis que posea un *tub* ni siquiera un barreñón para sanificar su piel...

\* \*

Y sin embargo — la convicción gana terreno todos los días, — si fuese posible conseguir que las muchedumbres se lavasen y barriesen su casa todos los días; si al reunirse mucha gente en un local llegase á no exhalar esa gente el más repulsivo de los malos olores, las enfermedades infecciosas se habrían concluido, ó reducido á la mínima expresión. El día en que los hombres quieran gastar en *vivir*, y *vivir racionalmente*, lo que ahora consagran á *matarse científicamente*, — el Estado de todas las naciones, con las economías que realice en Guerra y Marina, establecerá el servicio de *baños públicos, gratuitos*, que para las especiales circunstancias presentes acaba de crearse en Oporto, y ofrecerá al contribuyente y al trabajador — como se ofrece ahora el alumbrado, el empedrado, el alcantarillado, las vías públicas y los parques y *squares* donde juegan los niños — el aseo, esa necesidad del cuerpo trascendente al alma; porque la suciedad es hermana de la ignorancia y de la barbarie — hermana gemela — y el alcoholismo nace principalmente del abandono en el hogar. Si se comprendiese cuánto puede disminuir la mortalidad el aseo, se haría por él — y no sólo en interés de los pobres.

\* \*

Barrer — nos decía el doctor — parece la cosa más tonta, más sencilla; pero tiene su intrínseco... Y tanto como lo tiene. Uno de los países que producen á la vista mayor impresión de limpieza, son las Provincias Vascongadas. Y es muy cierto que allí se frotan los pisos, que allí se *hace sábado*. Sin embargo, desde que Cervantes habló de la ferocidad de las «pulgvas vascongadas» hasta el día, no han disminuído estos incómodos parásitos. Plagada está de ellos la Euskal-erria. Y es porque las mujeres de aquella tierra no saben el secreto. Las pulgas depositan sus huevecillos en las juntas del piso, en los ángulos de la habitación, en los rincones. La escoba, el frotador, no les alcanzan. La cera del entarimado les ofrece un asilo. El único medio — bien sencillo — de desterrarlos y matar en germen la cosecha de pulgas, es barrer sembrando antes el piso de serrín húmedo ó de hierba también rociada. Los huevos se pegan á la hierba y al serrín, y nos dejan libres.

En cuanto á las moscas, también se evitarían si se cuidase de lavar los vidrios á menudo, y mezclando sublimado al agua. Las moscas gustan de dejar sus gérmenes en el rincón del vidrio, que en pocas casas anda lavado y pulido como debiera. Registrando esos escondrijos, se hace una Saint Barthélemy de moscas futuras. El blanqueo, la humilde cal de

nuestros antepasados, también las espanta, y en general ahuyenta á los insectos. Lo detestable es el papel pintado, las alfombras y tapices, los cortinajes, sobre todo si no hay cuidado exquisito para sacudirlos, cepillarlos y desinfectarlos. En el Hotel *Terminus* de Bilbao, recuerdo que el olor de los manjares, archivado y enranciado en las tupidas cortinas del comedor, me sublevaba el estómago hasta el punto de no dejarme comer. Eran un nido las tales cortinas, y yo hubiese preferido á aquel falso lujo molesto, el aire y la luz á torrentes y unos visillos planchados de la vispera.

\* \*

Hay otra cuestión, relacionada íntimamente con la salud pública, que tomaremos, con pinzas, por ingrata y fea. Se trata de oficinas que en los países del Norte parecen salas, y según nos vamos corriendo hacia el Sur conviértense en antros y *malebolges* (léase la *Divina Comedia*). Olvidóse Demóclins de esta observación en su interesante obra titulada «En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones.» Latinos eran no obstante, y me parece que de la más pura latinidad, los romanos, que con tan admirable intuición de la higiene — téngase en cuenta la época — construyeron la soberbia *Cloaca máxima*, cuyos restos aún hoy son asombro del viajero. No ha adelantado mucho el alcantarillado desde la *Cloaca máxima* hasta el día. Roma, entonces, era más sana que lo fué en la Edad Media. Es verdad que también los romanos (latinos, insisto en ello) habfan fundado, á porfía, con empeño, con esplendidez, las Termas públicas, palacios de la salud. — Lo que se deduce es que los pueblos *fuertes y dominadores* son los que atienden á estas cuestiones tan primarias. Ayer fueron los latinos, hoy los anglo-sajones, mañana... ¿quién sabe? La raza amarilla puede llegar á reivindicar sus derechos al trono pacífico... ¡No! ¡Pacífico no! En esto de *pas*, iguales los anglo-sajones y los latinos, iguales los amarillos y los blancos. La guerra es la epidemia, y la epidemia que no se combate con antiséptico alguno.

\* \*

Un curioso efecto de la epidemia se ha dejado sentir en mi pueblo. El alcalde, provisto de energía y de hachas y picos, dedicóse en persona al derribo y arrasamiento de las pocilgas donde los moradores escondían, cuidaban y engordaban á los de la pira de Epicuro. (¡Pobre Epicuro, ilustre hijo de Samos, delicado, honesto y cultísimo filósofo, cómo te calumnian y desdoran los que te suponen rodeado de cerdos!)

Esto de los cerdos en las ciudades es una inmunidad, quién lo duda; pero lo es porque se ha implantado la errónea idea de que al cerdo le aprovecha vivir entre suciedad, cuando al contrario nada le hace más bien que las abluciones, el baño, el exquisito aseo. Todos los tratados de agricultura y ganadería lo enseñan; sin embargo, la rutina prevalece, y la mezquina ganancia que reporta sostener uno de esos feos bichos con las sobras de la comida infesta las poblaciones y apesta el aire. Dícese que pasaban de mil los gorrinos (con perdón) descubiertos en la ciudad y sus barrios extramuros. Alguno de estos interesantes perseguidos se sospecha que vive refugiado en el corazón del caserío, en edificios de calles céntricas. Se les sigue la pista. Por algo decíamos que era conveniente el susto de la epidemia. Al menos se han tomado medidas de policía, se ha combatido la diaria infección del abandono. Que no se les quite el miedo á los alcaldes.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL AZOTE

Oyendo hace pocas noches una conferencia acerca de la peste bubónica, dada por un médico de gran reputación, se me ocurrían ideas muy contradictorias, tan pronto de un pesimismo negro, como de un optimismo consolador y hasta risueño y regocijado, que contrastaban con el asunto de la conferencia, asaz fúnebre.

Decíanos el distinguido conferenciante que la peste es causada por lo mismo que causa otras enfermedades implacables, destructoras de la humanidad: un bacilo ó microorganismo, el cual, encontrando terreno favorable para desarrollarse, pulula con la espantosa fecundidad de esos invisibles bichejos, y ocasiona tanto estrago. En dibujos y grabados de Revistas científicas nos enseñó el famoso bicho, el *bacilo Jersin*, en miriadas semejantes á dispersa arenilla de escribir. La célula atacada por el bacilo aparecía del color y forma de un tomate maduro, supongo que tumefacta y desorganizada ya: así deben de estar las células en los bubones. Y al enterarnos de la vida y milagros del bacilo, supimos que era el de vida más dura, el menos sibarita y exigente, el que á cualquier temperatura se acomoda, y vive en climas fríos y en climas cálidos y en invierno y en verano y en las ropas y en los muebles y en las moscas y en las ratas y en las pulgas... En fin, un bacilo insinuante, adaptable, cosmopolita. Contra él, según la opinión del doctor, no valen acordonamientos, no sirven las ridículas y desacreditadas fumigaciones, son tiempo perdido los períodos de observación, porque el bacilo es capaz de *dormir* meses enteros, á reserva de *despertar* cuando menos se espera, y no hay observación ni cuarentena que tanto pueda prolongarse.

Descripción y noticias son estas para infundir pesimismo al propio Pangloss que resucitase. — Perseguir, combatir, desterrar á semejante bacilo, parece empresa imposible. ¿Cómo se le cierra el paso á un enemigo que está en todas partes y nos embiste cogiéndonos descuidados y á mansalva? ¡Razón tienen los de Oporto al quejarse de que se les perjudica inútilmente, y deben abrirse sin tardanza las fronteras, cerrar los ojos y esperar resignados y con el alma recomendada lo que Dios nos depare!

Pero detrás del veneno, la triaca. — El mismo sabio que acababa de demostrarnos con palabra elocuente como no hay medio humano de evitar el bacilo, agregó inmediatamente que la obra infernal del bacilo, la peste bubónica, se remonta, en la historiografía de la epidemia, á venerable antigüedad. Era ya el bacilo de Jersin el que hería sin compasión, llevado por el gladio de fuego del ángel, á los primogénitos de Egipto, en los días luctuosos de las siete plagas; era él quien desolaba á Grecia según el relato de Tucídides; era él quien invadía las blancas tiendas de guerra de los Cruzados, delante de San Juan de Acre y Antioquía; él, quien en un fardo de bordadas telas de Oriente se introducía en Venecia y sembraba allí el terror y la desolación; él, quien en el siglo XVIII diezmó á Marsella y en el XIX á Barcelona. Y á cada ramalazo que sobre Europa descargaba, llevábase millones de vidas; millones, literalmente. — Saquemos la optimista consecuencia: si hoy la peste, dueña del campo en Oporto durante meses